

ceremonias, estudiaba los dogmas, se informaba de todo lo que podia aclarar sus dudas. A su regreso de Italia, se retiró á Escocia en donde redactó sus observaciones bajo la forma de cartas. Finalmente, atraído siempre por una voz interior que le llamaba al seno de la verdadera Iglesia, pasó otra vez al continente y se decidió á dar el paso mas difícil. Hizo su abjuracion el 11 de octubre de 1823 en manos del Sr. Arzobispo de Paris; cayó enfermo poco después y murió el 29 del mismo mes en los sentimientos mas edificantes. Una hija digna del mayor aprecio, que habia ido expresamente para cuidarlo, lo asistió en sus últimos momentos.

### CAPÍTULO III.

#### Tercer privilegio de la Iglesia.

##### LA INFALIBILIDAD.

La Iglesia no seria perpetua é indestructible, si pudiese engañarse y tomar la mentira por la verdad con respecto á la fe; porque una iglesia que enseña el error ya no es la Iglesia de Jesucristo. Debe, pues, admitirse, mi querido Teófilo, este tercero y último privilegio de la verdadera Iglesia, *la infalibilidad.*

#### § I. Dios ha debido dar á los hombres un medio infalible para conocer la verdad.

Dios no edifica sobre la arena, ni da un fundamento ruinoso. Él edificó una Iglesia, y por consiguiente debe ser indefectible, infalible. Porque es necesario dar á todos aquellos que buscan la verdad de buena fe, y aun á *todos los hombres* un medio de distinguirla en medio de este perpetuo conflicto de opiniones y de sistemas de religion como hay en el mundo. Digo á *todos los hombres* porque está escrito que Dios quiere que todos los hombres se salven, y que lleguen al conocimiento de la verdad, sin la cual no hay salvacion; á *todos los hombres*, es decir, á aquellos que no siendo aun cristianos, quieren serlo, á fin de que entre las diferentes sociedades que hay en el cristianismo, se adhieran á aquella que es la verdadera Iglesia de Jesucristo; á aquellos que siguen las falsas iglesias á fin de que entren en el seno de la verdadera; en fin, á los que se hallan en la verdadera Iglesia para que no la abandonen.

Sí, es necesario, mi querido amigo, que

Dios haya dado este medio á todos los hombres, pues de otro modo, el error seria inevitable para un muy gran número, y los que se conservarían en la verdad, no lo harían sino por casualidad, y sin saber por qué lo hacían. Pero para que sea suficiente este medio de discernir la verdad entre tantas contestaciones y disputas, que se ven en el cristianismo, debe ser seguro é infalible; pues del contrario nos dejaria siempre en la perplejidad, y seria inútil para todo el mundo. Es necesario al mismo tiempo que sea sencillo, fácil, corto, y al alcance de todos los hombres; porque sin estas circunstancias, seria inútil para las gentes groseras y de talento limitado, y para todos aquellos á quienes sus ocupaciones les impiden hacer largas averiguaciones, es decir, al mayor número de los hombres.

¿No comprendes, querido Teófilo, que si Dios hubiese dejado de dar á los hombres un medio seguro é infalible, corto y fácil para conocer la verdad en todos los tiempos, principalmente en los de cismas y de disensiones, se habria introducido en el cristianismo la mas horrible confusion

de opiniones y de sectas? Dios ha dado, pues, este medio á los hombres porque Dios no falta jamás á lo que debe. El medio existe, pues, y en este supuesto á nosotros nos toca buscarlo, y servirnos de él cuando lo habrémos encontrado, á fin de no perseverar en el error por culpa nuestra.

Así pues, estamos tan seguros de la existencia de este medio, como lo estamos de la sabiduría divina. Y este medio ¿cuál es? Pueden concebirse cuatro diferentes, á saber: 1.º *una inspiracion particular é inmediata* con la cual iluminaria á todos los cristianos sobre su doctrina; 2.º el exámen de las razones de una parte y otra, en las contestaciones sobre la doctrina; 3.º un *monumento mudo* como es la sagrada Escritura, en la cual estuviese claramente consignada su doctrina, de modo que nadie pudiese equivocarse; 4.º finalmente una *autoridad viva é infalible* para transmitirla de generacion en generacion. Para saber, mi querido amigo, cuál de estos cuatro medios es el que ha escogido Jesucristo, no debemos buscar precisamente lo que habria hecho en su lugar un hombre sabio, sino lo que él mismo

ha hecho; porque podria decirse, que los pensamientos de Dios no son los pensamientos del hombre, y que Dios se complace muchas veces en confundir nuestra sabiduria.

§ II. *El medio infalible para conocer la verdad no es la inspiracion particular é inmediata.*

Digo desde luego, que el medio *infalible* que Jesucristo nos ha dejado para hacernos conocer la verdad, no es la *inspiracion particular é inmediata*. Y en efecto, ó esta inspiracion inmediata y milagrosa ha sido concedida á todos los cristianos, ó solamente á algunos. Si á todos, ¿de qué proviene que tengan sentimientos tan diferentes y opuestos sobre la doctrina del Hombre-Dios? Si solo se ha concedido á algunos, ¿con qué señal puede uno conocerla, y de qué utilidad sirve á los que no la tienen?

Esta pretendida inspiracion no se manifiesta sino por efectos indignos de un Dios infinitamente perfecto; no ha producido sino un gran número de sectas, que no han podido entenderse entre sí mismas, que se han formado símbolos contradictorios, y que han obligado á los inventores de este sistema á

buscar los medios de contrarestar sus funestas consecuencias apelando, contra sus principios, del sentido particular á la autoridad de los sínodos. Y ciertamente, no debes pasarte de que Jesucristo, que es la sabiduria eterna, no haya escogido un medio que habria necesitado una accion milagrosa, perpetua y multiplicada al infinito, y que por consiguiente habria sido contraria al modo de obrar ordinario de la Providencia, la cual echa mano de los medios mas sencillos para hacer los mayores prodigios. Esta eleccion le habria obligado por otra parte á quitarnos la libertad; porque entonces habria debido ser imposible al espíritu del hombre resistir á la inspiracion divina.

Tú ves por esto, mi querido hijo, cuán disparatada es esta indecente pregunta de Rousseau: «Dios mismo ha hablado á los hombres.... ¿Por qué yo no he oido nada de ello? No le habria costado esto mas «trabajo.» En esta hipótesis, Dios habria realmente debido renovar la milagrosa accion de la revelacion inmediata, todas las veces que haya habido ó haya hombres

que instruir hasta el fin del mundo. Por otra parte, no deja de ser un modo muy extraño de raciocinar el siguiente: «Dios podía hablarme directamente y no lo ha hecho; luego no debo creerlo cuando me habla por medio de otros, aunque tenga la certeza de que por su medio me habla Dios.» Ó bien: «Querria mas haber oido á Dios mismo; luego él mismo debia hablarme, porque Dios está obligado á hacer aquello que mas quiero.» ; Qué absurdos!

§ III. *El medio infalible para conocer la verdad tampoco es el exámen de la doctrina.*

Digo en segundo lugar, que el medio para saber de qué lado está la verdad, cuando hay diferencias en la Iglesia, no es el exámen de las razones que alegan los diferentes partidos para defender sus opiniones. Porque si esto fuese, ¿qué harian todos los que no pueden absolutamente hacer este exámen, ya por su ignorancia, ya por sus ocupaciones, ya por la mediocridad, ó nulidad de su talento, es decir, la mayor parte de los hombres? Seria necesario, pues, ó que viviesen en una absoluta y per-

petua neutralidad, ó que se resolviesen á la ventura, en un negocio que por otra parte es de la mayor importancia.

¿Qué pensarias, mi querido amigo, si para convencerte de la divinidad de la Religion, no tomaba otro camino que el de llevarte á una vasta biblioteca, y decirte al tiempo que te enseñase esta inmensa multitud de libros que la componen: «Teófilo, hé aquí la sagrada Escritura, y todas las traducciones que se han hecho de ella; hé aquí los escritos de los Santos Padres de la Iglesia; hé aquí de un lado las obras de Calvino, Lutero, Beza y Jurieu; y del otro las de los cardenales Belarmino, y Duperron; las de Bossuet, y de todos los sabios católicos que han escrito de mas de doscientos años á esta parte; lee, hijo mio, todas estas obras, compáralas unas con otras, entérate á fondo de las razones de una parte y otra, y verás claramente que la doctrina de los protestantes es falsa, y no puede defenderse, y que la de los católicos romanos es la única «ortodoxa?»

¿No es verdad, hijo mio, que si te ha-

blase en estos términos , te arrebataría tanto trabajo , y perderías todo el valor necesario para instruirte ? No es , pues , el exámen de que hablamos el medio que Dios nos ha dado para hacernos descubrir de qué lado está la verdad cuando entre los cristianos se introducen cuestiones relativamente á la doctrina , porque este exámen es impracticable para la mayor parte de los cristianos : debemos , pues , renunciar á este segundo medio así como al primero.

§ IV. *El medio infalible para conocer la verdad tampoco es la sagrada Escritura por sí sola.*

Pretendo en tercer lugar , que Jesucristo para enseñarnos la verdad , no ha escogido la sagrada Escritura solamente. Porque el sociniano atribuye á la Escritura santa un sentido , el protestante otro , el católico otro. En la divergencia de interpretaciones , la misma Escritura que es la ley sobre la cual se disputa , no es el juez que la determina : ella calla y deja disputar. Aun mas , en ninguna parte dice , cuáles son los libros que la componen ; y aunque lo dijese

sería necesario asegurarse de la divinidad de la parte que atestiguaría la de las otras : en fin , la divinidad de la Escritura santa no se puede conocer por ella misma

Es cierto , pues , mi querido amigo , que las tres cuartas partes de los cristianos se hallan en la imposibilidad de asegurarse por sí mismos , de si hay libros divinos , y cuáles son estos libros divinos ; y aun cuando fuese de otra manera , es cierto que se hallan en la imposibilidad de determinar su verdadero sentido. Libros de los cuales los mas modernos remontan á mas de diez y ocho siglos ; libros escritos en lenguas muertas llenas de metáforas , de alegorías , de parábolas , dirigidas á pueblos tan diferentes de nosotros por las costumbres y el carácter , no pueden dejar de presentar muchas dificultades. Los sabios de todas las comuniones convienen en ello , y dan una prueba palpable de lo mismo en las interpretaciones contrarias que dan de un gran número de pasajes importantes. Es , pues , un hecho comprobado , que los hombres nada versados en las ciencias , y que forman la generalidad de los cristianos , no

pueden determinar por sí mismos el sentido de las santas Escrituras.

« Pero, dirás, la sagrada Escritura es « bastante clara para los fieles sencillos, en « cuanto á los puntos fundamentales. » Esta distincion de puntos fundamentales y no fundamentales en materia de fe no es mas que una invencion del espíritu de sistema, viéndose atacado en sus últimas trincheras; pero invencion de ningun valor contra los hechos que demuestran su falsedad. Porque es un hecho que los fieles no pueden asegurarse por medio de la sagrada Escritura de la realidad de esta distincion, de artículos fundamentales y no fundamentales, ya que en ninguna parte se halla expresada, al menos de una manera clara y terminante: antes al contrario se ve en ella generalmente y sin excepcion la necesidad, el deber indispensable de oír *en todo* á Jesucristo y á su Iglesia.

Es cierto tambien que el número de artículos fundamentales no está marcado en ninguna parte de la sagrada Escritura, que ni siquiera está indicado, y que no da para distinguirlos regla alguna que pueda ser

fácilmente aplicada por los fieles sencillos, de los cuales un gran número por otra parte ni aun sabe ni leer. Igualmente es un hecho que los textos en que están contenidos los artículos llamados fundamentales, por ejemplo, el de la divinidad de Jesucristo, no son en sí mismos tan claros, que no se haya disputado jamás sobre su verdadero sentido: pues han sido interpretados en un sentido contrario por hombres de mucho talento, y sobre todo por las diferentes sectas.

Es indudable, pues, mi querido Teófilo, que la mayor parte de los fieles son incapaces de determinar por sí mismos en la sagrada Escritura los pretendidos artículos fundamentales. Así, mira como los protestantes están discordes en cuanto á estos artículos. Los luteranos reconocen una sola persona en Jesucristo; Calvino y Beza admiten dos como Nestorio. Lutero y sus discípulos dicen que la naturaleza divina padeció y murió; Beza reprueba esta blasfemia. Calvino dice que Dios es el autor del pecado; los luteranos dicen que esto es un error abominable. Lutero pretende

que Jesucristo en cuanto hombre se halla en todo lugar; Zuinglio y Calvino lo niegan; este dice que los hijos de los fieles se salvan aun sin bautismo; Lutero sostiene lo contrario. El mismo encuentra en la sagrada Escritura tres sacramentos, el Bautismo, la Eucaristía y la Penitencia; Calvino admite los dos primeros, desecha la Penitencia, y admite el Orden desechado por Lutero: Zuinglio niega la Penitencia y el Orden, y reconoce el Bautismo y la Eucaristía. Lutero confiesa, que se debe adorar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, en el momento de la comunión actual; lo que Calvino tiene por una idolatría. Melancthon, á quien se unió después Lutero, dice, que las buenas obras son necesarias para la salvacion eterna; los calvinistas se oponen con todas sus fuerzas á este artículo.

No hay duda de que estos diferentes puntos son *fundamentales*, pues que segun los reformadores, la verdadera fe ó la idolatría, la condenacion ó la salvacion, dependen de la creencia que se tiene en ellos ó deja de tenerse; y no obstante, sobre unos

puntos tan esenciales, estos mismos reformadores no han podido hacer mas que contradecirse. Queda, pues, probado, mi querido Teófilo, que Jesucristo no escogió la sagrada Escritura para hacernos conocer con certeza la revelacion. Por otra parte, para que este medio lograrse su objeto, habria sido necesario que Dios preservase milagrosamente en todos los tiempos la sagrada Escritura de toda alteracion, ya en las copias, ya en las traducciones que se hubiesen hecho de ella, por varios pueblos y en diferentes lenguas, y que todos los hombres aprendiesen á leer, antes de poder conocer la revelacion.

§ V. *El medio infalible para conocer la verdad es la autoridad viva é infalible de la Iglesia.*

Habiendo probado que para enseñarnos la verdad Jesucristo, no escogió la inspiracion particular, ni el exámen de la doctrina, ni la Escritura santa por sí sola, naturalmente se deduce que señaló el cuarto medio, es decir, una autoridad viva é indefectible. De esto tenemos pruebas positi-

vas y numerosas, las que vamos á presentar con particular gusto.

Abre el sagrado Evangelio, mi querido Teófilo, y verás que el Salvador ha establecido una *autoridad viva é infalible* para enseñar y conservar intacta su Religión. En efecto, cuando ha querido dar á conocer su doctrina á los Apóstoles y á los otros discípulos no se la ha inspirado, sino que se la ha enseñado; no se la ha escrito sino que se la ha hecho oír; y cuando ha dado á los Apóstoles la misión de establecer el cristianismo, no les ha dicho: *Id, escribid*; sino, *Id, enseñad, predicad el Evangelio á todos los pueblos* (*Mat. xxviii, 19. — Marc. xvi, 15*).

Fieles á la palabra de su divino Maestro, los Apóstoles han anunciado la fe en el universo, predicando y no escribiendo; muchos han fundado iglesias sin escribir una letra, y los que han escrito solo lo han hecho sucesivamente, y menos por la necesidad de dar con sus escritos un fundamento á la fe, que por la ventaja particular de algunas iglesias ó de algunos discípulos á los cuales no podían hacer oír su voz. Les recomendaban además con igual cuidado

las cosas contenidas en los Libros santos, y las que les había enseñado la tradición, sin el auxilio de la sagrada Escritura: *Conservad*, decía san Pablo á los Tesalonicenses, *las tradiciones que habeis recibido sea por mis cartas, sea por mis discursos*; « lo que « prueba, añade san Juan Crisóstomo, que « los Apóstoles no lo escribieron todo, sino « que nos transmitieron de viva voz muchas « verdades que no son menos incontestables « que las otras. »

Jamás han dicho á los pueblos: « Hé aquí « las santas Escrituras, leed y juzgad cuál « les son los atributos de Dios; cuál es el « orden de su providencia para la salvación « de los hombres; quién es este Jesucristo « que ha enviado, si es Dios ó una simple « criatura, qué doctrina ha enseñado, etc. » Muy diferente ha sido el lenguaje que les han dirigido: les han anunciado lo que Jesucristo ha hecho, lo que ha enseñado, y lo que es el mismo; y las naciones han creído en la autoridad de su predicación.

Vemos por la segunda carta de san Pablo á Timoteo, que sus discípulos debían seguir el mismo método, y transmitirlo á

aquellos que instruyesen á su vez: *Guardad lo que habeis aprendido de mí delante de muchos testigos, y dadlo en depósito á hombres fieles que sean capaces de enseñarlo á otros.* Y mucho tiempo después, á fines del segundo siglo, san Ireneo nos asegura que habia pueblos que profesaban la Religion cristiana sin tener escrito alguno, los cuales conservaban exactamente por medio de la tradicion y de la enseñanza de los pastores, la doctrina que habian recibido de los Apóstoles (*Adv. hæres, l. III, c. 33*).

Luego, por medio de la autoridad, Teófilo, y de la enseñanza de los pastores ha querido Jesucristo que se estableciese su Religion y se propagase por el mundo, y no por medio del exámen y de la discusion. Este tambien ha sido el medio por el cual los cristianos han distinguido en todos los tiempos la doctrina del divino Maestro, de las opiniones de los hombres: por el mismo se han terminado siempre las cuestiones que se han suscitado en materia de religion. Todos estos son hechos históricos, sobre los cuales no es difícil fallar.

Todos los escritos de los Santos Padres,

aun de los de los primeros siglos, nos comprueban que los fieles distinguian la verdadera doctrina de Jesucristo, por medio de la autoridad y de la enseñanza de los pastores, los cuales la tenian en depósito de los Apóstoles, junto con la sucesion de su santo ministerio. Tal es la regla de fe que encontramos en las obras de san Ireneo, de Tertuliano, de san Epifanio, de san Juan Crisóstomo, de san Agustín, de Vicente de Lerins, etc., etc. Ellos la proponian á los fieles como una regla infalible, establecida por Jesucristo, transmitida por los Apóstoles, y observada siempre en la Iglesia, y les advertian que se mantuviesen en ella constantemente sin dejarse arrastrar á ninguna discusion de los textos de la sagrada Escritura.

#### § VI. *Ejercicio de esta autoridad.*

En todos los tiempos, mi querido amigo, se llevaron al tribunal de la Iglesia las diferentes cuestiones que interesaban á la Religion; y por el mismo fueron juzgadas. Por él fue juzgada la cuestion que se suscitó en tiempo de los Apóstoles, sobre la obser-

vancia de la ley de Moisés, y su fallo fue enviado á los fieles, como una regla y un *precepto*. A la autoridad de este mismo tribunal apelaron los defensores de la fe para confundir las herejías de los primeros siglos, y por él fueron condenados los *sabelianos* en el tercer siglo, los *arrianos* en el cuarto, los *nestorianos*, los *eutichianos*, los *pelagianos* en el quinto, los *semipelagianos* en el sexto, los *monotelitas* en el séptimo, y los *iconoclastas* en el octavo. Por el mismo fueron condenados los errores que se introdujeron en los siglos siguientes.

El cuerpo de los pastores, por lo tanto, ha estado siempre en posesion de una suprema autoridad para juzgar en las materias que conciernen al depósito de la doctrina de Jesucristo, ha ejercido la expresada autoridad desde los tiempos apostólicos, en nombre y en virtud de la mision del Hombre-Dios, y sus juicios no han sido jamás abandonados á la discusion de los fieles, sino que les han sido notificados como la regla de su fe, y bajo la pena de anatema contra los ánimos que rehusasen someterse á ella.

Ahora bien, si es cierto como no se puede negar, que un senado, que subiendo hasta el origen de una sociedad se encuentra en la constante posesion del supremo poder judicial, ha sido realmente establecido por los fundadores de dicha sociedad y que hace parte de su constitucion; es tambien evidente que el tribunal del cuerpo de los pastores fue establecido por Jesucristo, y entra esencialmente en la constitucion de su Iglesia.

§ VII. *Pruebas de la infalibilidad de esta autoridad.*

Que el cuerpo de los pastores sea *infalible*, es decir, que no haya podido ni pueda jamás engañarse ni engañar á otros en cuanto á la doctrina de Jesucristo, se demuestra por hechos no menos ciertos. A fines del primer siglo, por ejemplo, era un hecho notorio que Jesucristo habia enseñado una tal doctrina; pues constaba por la tradicion de los Apóstoles, transmitida por sus primeros sucesores. Los pastores no podian ignorar lo que les habian enseñado sus predecesores, así como estos tampoco podian ignorar lo que habian aprendido de los

Apóstoles. Separados unos de otros y la mayor parte por distancias inmensas, separados igualmente por la diferencia de los gobiernos, de las costumbres, de las preocupaciones y de los intereses; pero reunidos todos por otra parte por los lazos de la conciencia, que les obligaban á transmitir este depósito tal como lo habian recibido, ¿ cómo habrian podido todos querer engañar y convenirse unánimemente en engañar todos de la misma manera á sus sucesores en lo tocante á la doctrina recibida por la tradicion de los Apóstoles?

Esto repugna tanto como repugnaria el suponer que una multitud de hombres de diferentes naciones y de diferentes países, han podido todos querer engañar y convenirse todos en engañar de la misma manera á la posteridad, en la transmision de los hechos históricos, públicos, y de un interés muy particular. Y aun cuando se concediese (lo que es visiblemente un absurdo), que todos los pastores hayan podido querer engañar de la misma manera á sus sucesores, ¿ cómo habrian podido lograrlo? ¿ No es del todo imposible, mi querido ami-

go, que millones de cristianos diseminados sobre la superficie del globo, divididos en todo lo demás tocante á opiniones, intereses, afecciones, preocupaciones, á pesar de la diversidad de costumbres, de genios y caracteres, hayan podido todos consentir en mudar la fe comun de sus mayores, sin que en ninguna parte se haya levantado la menor reclamacion?

Y esta imposibilidad de alteracion en el depósito de la doctrina de Jesucristo es la misma por todos los siglos, por todos los puntos de la sucesion apostólica hasta nuestros dias; porque cualquiera que sea la época en que nos detengamos, los pastores no han podido ignorar jamás la doctrina que sus predecesores les habian transmitido; jamás han podido conspirar unánimemente, con el infame objeto de corromperla, y de engañar á sus sucesores; y si algunos de entre ellos hubiesen formado este sacrilego proyecto, los otros habrian reclamado contra el crimen y la impostura, cuyos autores si se hubiesen obstinado en extenderlos, habrian sido condenados y echados del seno de la Iglesia. La historia comprueba

que ha sucedido así todas las veces que algun novador ha intentado introducir cualquiera doctrina falsa en materia de religion.

Luego el error no ha podido jamás apoderarse del cuerpo de los pastores esparcidos por el universo, desde los Apóstoles. Luego, este cuerpo es *infalible* en sus doctrinas, de una *manera humana*, como el testimonio de los hombres para la certeza de los hechos históricos.

Pero además, lo es tambien de una *manera sobrenatural y divina*, y esto nos lo garantizan tambien hechos incontestables. Porque, al enviar Jesucristo á sus Apóstoles á predicar el Evangelio á todas las naciones, les prometió solemnemente asistirles en su enseñanza hasta el fin del mundo. «Todo «poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra, les dijo; id pues, enseñad «á todas las naciones, bautizándolas en el «nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles á guardar todas «las cosas que os he mandado; y hé aquí «que estoy con vosotros todos los dias hasta «la consumacion de los siglos (*San Mat. «xxviii, 19, 20*).»

Ahora bien, Jesucristo sabia bien que la predicacion de los Apóstoles solos no seria suficiente para todas las naciones, y que estas tendrian necesidad del ministerio de sus sucesores para aprender su doctrina. Cuando les promete, pues, estar con ellos todos los dias *en sus instrucciones*, se dirige á ellos como á fundadores de un ministerio que debe durar tanto como el mundo; por consiguiente en persona de los Apóstoles promete al ministerio apostólico una continua asistencia, sin la cual no habrian podido todas las naciones recibir con seguridad la enseñanza divina.

En fin, el divino Salvador ha asegurado, que su Iglesia *estaba fundada sobre la piedra sólida, y que las puertas del infierno jamás prevalecerian contra ella*. Pero el infierno prevaleceria contra la Iglesia, si el cuerpo de los pastores podia alguna vez desconocer la doctrina de Jesucristo, enseñar el error y hacer caer á los fieles en la herejía. Luego, el cuerpo de los pastores es divinamente infalible.

§ VIII. *Sabiduría de Dios en el empleo de este medio.*

Admira ahora, mi querido amigo, cuánto brilla la sabiduría de Dios en este medio que él ha adoptado para transmitir hasta nosotros, pura é intacta la revelacion cristiana. Conociendo á fondo el corazon del hombre con todos sus pliegues y sus mezquinas pasiones, su curiosidad inquieta, su manía de singularizarse, y de crearse un nombre, y hacerse criaturas y prosélitos; conociendo igualmente la ignorancia é incapacidad de la muchedumbre, y queriendo á pesar de esto reunir á los hombres bajo la misma ley, y formar de ellos un pueblo de hermanos; ¿qué podia escoger mas conveniente á los designios de su providencia que esta autoridad infalible, intérprete de su palabra, imágen viva de su inmutabilidad, que lanza su anatema contra todos los errores, viéndolos nacer y morir á todos, sin permitir jamás que se altere el depósito de la verdad que constituye su vida, y que debe perpetuarla mientras haya hombres que instruir sobre la tierra?

¡Y, cuán fácil es á su voz, su instruccion, y cuán discreta su fe! ¿Qué cosa hay mas sencilla, mas expedita, mas proporcionada á la debilidad del espíritu del pueblo, y al mismo tiempo mas propia para moderar la presuncion de los sabios, corregir sus errores, terminar sus disputas, fijar su incertidumbre, conciliarlos entre sí mismos y unirlos con la multitud? ¿Qué cosa hay mas acomodada á las necesidades de todos, y de que sea menos difícil á cada uno el presentarse como á un fundamento incapaz de ceder?

Dios envió á Jesucristo, y este envió á los Apóstoles: primer hecho notable, que atestigua todo el universo. Los Apóstoles enviaron sucesivamente á los pastores, y así es como les han sucedido los nuestros: segundo hecho no menos incontestable. Dios, pues, quiere instruirnos por medio de ellos, así como por medio de los Apóstoles instruyó á los primeros fieles. Pero nosotros no podemos ser instruidos con seguridad y sin peligro de error, ni podemos en medio de tantas opiniones que se contradicen conocer la verdadera doctrina de

Jesucristo, sin que Dios continúe á nuestros pastores la asistencia que dió á los Apóstoles; POR CONSIGUIENTE DIOS LA CONTINÚA EN EFECTO.

EJEMPLO.

EL PRUSIANO PROTESTANTE Y EL DOCTOR CATÓLICO.

En un carruaje público se encontraron un noble prusiano protestante y un sacerdote católico y doctor. Uno y otro tenían mucho talento, finura é instrucción. Entraron pronto en conversacion, hablaron de varias cosas, y al último recayó en materias de religion; pero no pudieron continuarla, pues llegaron pronto á la posada, en donde cada uno se retiró por su lado después de la cena.

Poco tiempo después fué el prusiano al cuarto del doctor y le dijo: «Caballero, he quedado prendado de nuestra conversacion; pero querria tener con V. una conferencia mas formal y continuada, sobre diferentes puntos de religion. — Con mucho gusto, respondió el doctor, será para mí un honor especial el conversar con V.; pero permitame V. que le diga que, segun las apariencias, en el curso de la conversacion discordaríamos en muchos puntos, siendo V. de un parecer y yo de otro. Deberíamos tener un tercero para conciliarlos: ¿á quién nombraríamos? Tiene V. razon, dijo el prusiano, y ya está encontrado este tercero, y será la *sagrada Escritura*; tengo un ejemplar de ella, que nunca dejo y voy á buscarlo.»

Vuelve, se coloca el libro sobre la mesa, y se ponen él á un lado, el doctor al otro, y en medio de ambos la *Escritura* santa. La toma el doctor; recorre rápidamente algunas hojas, y dirigiéndose luego al prusiano: «Caballero, le dice, V. ha puesto aquí un libro; pero ¿quién le ha dicho á V. que sea la *sagrada Escritura*? — ¿No lo ha visto V., dice el prusiano? — Sí, lo he visto, pero vuelvo á preguntar á V., ¿quién le ha dicho que este libro sea la *sagrada Escritura*? — Es que todo el mundo la reconoce por tal; ¿y V. mismo, no la reconoce por tal, igualmente, dijo el prusiano un poco sorprendido? — ¡Oh! caballero, replicó el doctor, el caso es muy diferente, entre V. y yo, porque cuando yo afirmo que esto es la *sagrada Escritura*, lo aseguro fundado en una *autoridad infalible* que me lo garantiza, la he recibido de su mano y sobre su autoridad, que reconózco por infalible, estoy seguro de mi opinion; pero V. caballero, ¿en qué se apoya, y cómo puede asegurar positivamente que esto es la *Escritura* santa? ¿que este libro no ha sido alterado? Y sin estar seguro de ello ¿cómo puede V. tomarlo por árbitro en nuestras diferentes opiniones? Además, aun conviniendo ambos en la letra del texto, si no estamos acordes sobre el sentido, ¿quién nos lo explicará de una manera que nos lo asegure infaliblemente?

«Caballero, dijo entonces el prusiano después de haber reflexionado algun tiempo, V. me presenta un argumento que nunca habia oido; merece atencion, y le prometo á V. que pondré en él toda la mia. Comprendo muy bien, que este punto una vez decidido decidiria luego todos los demás, y que sin

«esto disputáramos en vano; no pasemos, pues, adelante que yo haré mis reflexiones; pero antes de retirarme le pido á V. un favor, y es, decirme dónde suele V. vivir regularmente; uno no sabe á donde pueden llevarlo los sucesos, pero le prometo á V. que si alguna vez paso por el lugar en donde V. vive, lo primero que procuraré, será tener el gusto de visitar á V. A dios, caballero.» Después de esto se retiraron para descansar.

Al cabo de cierto número de años, el prusiano volvió á pasar por el lugar en donde vivia el doctor, y en cumplimiento de su promesa, fué á verle inmediatamente. Entrando repentinamente en su cuarto y después de los primeros cumplidos: «Caballero, le dijo, ¿se acuerda V. del prusiano con quien viajó en otro tiempo?—Y mucho que me acuerdo, y ¡qué placer no tengo en volver á verle!—Y bien, sepa V., dijo el prusiano, que entonces hablaba V. á un protestante y ahora á un católico decidido con conocimiento de causa.»

Al oír estas palabras el doctor, se le echa al cuello, lo abraza tiernamente, le felicita por su dicha, y se mantuvieron largo tiempo abrazados bañándose mutuamente con lágrimas de gozo. El prusiano contó detalladamente como á consecuencia de su primera entrevista, habia seriamente examinado, reflexionado, consultado, y que después de haberlo meditado mucho, habia tenido finalmente la felicidad de reconocer la verdad, de abjurar sus errores, y de entrar en el seno de la Iglesia católica.

«Este día, añadió, ha sido el mas feliz de mi vida; hasta entonces habia estado en continuas dudas; é inquietudes, sin tener punto alguno fijo por el

«cual pudiese decidirme; pero desde entonces he vivido en la mayor tranquilidad y en la mayor paz asegurado de mi estado, y contra todas mis dudas, por la autoridad infalible de la Iglesia, cuya absoluta necesidad reconozco siempre, y cuyas preciosas ventajas experimento continuamente.»

Se separaron por fin, bien á su pesar, comprendiendo muy bien, que segun todas las probabilidades no volverian á verse mas en este mundo.

Esta historia la sé por el mismo doctor á quien sucedió, y la he contado segun él me la refirió.

(El abate Baudrand; Alma fortalecida en la fe.)

## CAPÍTULO IV.

### Del gobierno de la Iglesia.

Habiendo Jesucristo establecido su Iglesia en forma de sociedad, debió darle, mi querido Teófilo, el gobierno mas perfecto y el mas propio, para mantener en ella la union, el orden y la paz. Estableció, pues, el régimen monárquico, y no puede dejar de admirar su fuerza y su bondad, cuando se le considera sin prevencion.